



Rómulo D. Carbia

**Santiago de Liniers
por Paul Groussac**

Fuera de toda duda, el estro del señor Groussac está en ocaso. En su espíritu la tarde ha comenzado a caer, invadiéndolo todo de cansancio. Tal, por lo menos, nos lo revela su último libro: Santiago de Liniers, editado recientemente por la casa Moen.

Si bien el contenido del libro era ya hartamente conocido entre los estudiosos, pues fue publicado en La Biblioteca -la primera parte- y en Los Anales -la segunda- no teníamos aún lo que puede llamarse la impresión de conjunto, que difícilmente se logra con lecturas dislocadas. Y hoy, cuando esperábamos robustecer, a través de la unidad del libro, la buena opinión que nos mereciera la obra leída a saltos, una decepción -la más ingrata- epiloga la lectura.

Groussac ya no es Groussac. Aquel escritor, a ratos incomparable, que tenía la habilidad de maestro de armas para herir magistralmente en pleno pecho, se ha eclipsado: Menéndez y Pelayo tenía razón.

El que abra el de Santiago de Liniers, libro con el propósito de buscar aquella admirable ironía que campeaba en todas las notas del Groussac de antes, del Groussac polemista y contendor de Piñero, se equivoca.

El Santiago de Liniers ha sido podado. El autor dice en el prólogo -cuya lectura nos transmite yo no sé qué sensación

de fatiga - que ha quitado del libro todo aquello inútil que él ahora estima irreverente. El lector echa de ver, a poco que ande, algo que es innecesario apuntar aquí.

Toda la valentía característica del Groussac que rompía lanzas con todos y contra todo, se ha atenuado, y quizá vaya presto a desaparecer. El prólogo del reciente libro nos lo hace presumir así. Groussac está cansado de tirar al florete hiriendo siempre. Tal vez le sobra aún agilidad, pero -por qué no decirlo- le ha llegado la hora de temer. El Groussac de ahora teme, y habla con un dejo marcado de pesadumbre; y sobre todo llama glorioso anciano al señor historiador Mitre, a aquel mismo de quien en cierta ocasión dijo que a diferencia de don Vicente F. López, que tenía talento pero que no conocía el archivo, él lo conocía muy a fondo... y puntos suspensivos.

Pero aparte de todo esto, el Santiago de Liniers que en su estudio a propósito del libro de Ayarragaray La anarquía, el doctor Ingenieros -aplicando el concepto de Renán, a la formación del pensamiento sociológico argentino- coloca en el segundo período, el del análisis, adolece de otros defectos sobre los cuales es bueno llamar la atención. Por lo mismo que se ha asegurado que el señor Groussac no se limita a escribir con pluma o lápiz sus propias páginas, más acaso con papel de lija y goma de borrar los yerros de las páginas ajenas (sic) , debemos exigirle más de lo que por lo general se le suele pedir a un biógrafo. He dicho que hay defectos en el libro de Groussac: Véamoslo. En primer término, los constituyen las pomposidades de una erudición del todo inútil que el autor almacena en los escaparates de sus notas, donde salen a relucir, desde el sonoro verso virgiliano, aprendido de memoria, hasta el título, en su idioma natal, de una obra de Shakespeare. Y después -¡oh injusticia!-, se ha querido convertir en chiste, muy a propósito para ser rememorado en las amenas tertulias de café, una nota puesta por el señor Saldías en su libro sobre el padre Castañeda, y en la cual recuerda, hablando de lo que era una escuela en los días de la Colonia, que siendo ministro de obras públicas de la provincia, hizo restaurar la

locomotora Porteña -la primera que conoció Buenos Aires- y colocarla en una sala del Museo de La Plata... (!).

En el libro del señor Groussac abundan las notas cargadas de una erudición tan ampulosa como innecesaria y con las cuales la técnica moderna de los estudios históricos está reñida por completo. A veces, tratando puntos de verdadera trascendencia, el señor Groussac interrumpe al lector para hacerle una cita en latín, o recordarle tal o cual frase de un determinado personaje de Molière -que entre paréntesis, diría Groussac, se llamaba Juan Bautista Poquelín- la cual divirtió enormemente a la famosa cocinera.

Por desgracia, empero, no es éste el más serio de los defectos de la obra del señor Groussac. Indudablemente, hay en Santiago de Liniers verdadero

trabajo de investigación histórica y prolija labor benedictina; pero también abundan juicios que acusan una precipitación inexplicable en un hombre que quiere ser a toda costa historiador imparcial.

Para mí no son otra cosa que juicios asaz precipitados esas opiniones emitidas doctoralmente al pasar, y las cuales no se apoyan en nada concreto. A todas les falta -por lo mismo que tienden a tener ribetes sociológicos- lo que de la Grasserie llama el suelo natural. Así, por ejemplo -y aquí vendría bien la poda por irreverencia de que nos habla el autor- el señor Groussac peca contra los procedimientos y contra el criterio moderno, cuando haciendo uso de su punzante ironía, se permite ciertas libertades para con algo que hace al preliminar de la Revolución de Mayo.

Bien está que se analice y se destruya todo lo que a la luz de la crítica austera resulte falso, pero no es sereno, porque sí, porque el hecho presta coyuntura para un floretazo y un buen gesto, sacrificar en aras de un placer, cuando mucho estético, lo que hasta ahora se tiene por verdad. En mi espíritu bien amplio y lleno de Nietzsche, no caben -está fuera de duda- los anacronismos de la patriotería escolar; pero a fe que me subleva el prurito del snobismo cuando por quererlo ser más se lanza a escaramuzas de por sí irreverentes.

No soy de los que creen en la grandiosidad de la

Revolución de Mayo, ni mucho menos de los que a toda costa pretenden que se reduzcan a silencio Roma y Esparta, porque asoma al mundo la gran capital del Sud. Por el contrario. Tengo para mí que el movimiento de Mayo, en realidad, está lejos de ser lo que creen la mayoría de los argentinos. Esto, empero, pienso que para decir la verdad en lo que a aquel hecho atañe, es necesario estudiar mucho y probar documentariamente cuanto se trate de sostener en contra de la tesis actual. Después de todo, nadie discute que el procedimiento que cuadra a esta clase de asuntos es el deductivo. El señor Groussac, a veces, no parece entenderlo así. Todos estos defectos, de procedimiento unos y de criterio otros, no amenguan en lo más mínimo el valor literario de la obra. El señor Groussac, tiene en este particular, una fama indiscutible, que soy el primero en reconocer. Precisamente por eso, huelga aquí todo juicio sobre su prosa, la mejor y más robusta de los escritores de América. Hay también -y con esto termino- otro defecto en la obra, y éste es capital. El señor Groussac se nos muestra, desde la primera a la última página, demasiado entusiasta por su héroe. Francés el biografiado y francés el biógrafo, teniendo ambos por escenario de su actividad a la tierra de América, el segundo se vuelve panegirista del primero -quizá contra su propósito- llevado por esa fuerza inexplicable, o explicable tal vez, que nos hace ver demasiado brillantes las acciones de nuestros compatriotas, cuando ellas se han llevado a cabo bajo un cielo y bajo una bandera que no son los que cobijaron nuestra cuna. Además, no creo que el señor Groussac pretenda ungir héroe a su biografiado. Liniers caudillo, después de todo, no fue más que un producto de las circunstancias. Era

natural que siendo el más aventurado de los que se levantaran contra el usurpador británico, fuese también el más favorecido por la simpatía popular. Y no entraña esto una injusticia. Si hubiese de levantarse un monumento a Liniers, sería el primero en contribuir con mi óbolo y con mis esfuerzos, empleados en propaganda de la idea, porque creo que debemos distribuir justicia histórica. El pueblo que inmortaliza en el mármol el recuerdo de uno

————— 218 —————

de sus servidores -indiscutiblemente útil en un momento dado- no debe pararse a hacer filosofía de la historia para ajustar a una equidad matemática la recompensa póstuma.

A nosotros no nos importa, ni debemos saber, lo que fue antes y lo que fue después de las invasiones don Santiago de Liniers, cuando tratemos de hacerle justicia respecto a su actuación en los días de la Reconquista y la Defensa. Éste es por lo menos mi criterio.

Y termino repitiendo, porque de ello estoy convencido, lo que dijo Juan Agustín García en sus Ensayos, esto es que Groussac moralista, fatigado de refutar en vano, prefiere sonreír de las tonteras oficiales y académicas que pasan, envueltas en períodos tan huecos como oratorios. Puesto en Francia, en su París -del cual se despide lagrimeando en el prólogo de Santiago de Liniers- su producción hubiera sido otra.

Nosotros [Publicaciones periódicas]. Tomo II, N° 9, Abril de 1908, Buenos Aires

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

